

452/235



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I

Vidas sombrías

Tal es el título de una obra de mi paisano Pío Baroja, obra á que un catalán, mi buen amigo Pedro Corominas, señaló como genuinamente vasca. Como me propongo escribir de largo acerca del pueblo vasco y de su alma colectiva, entonces será ocasión de discutir el parecer de Corominas, de que tengamos los vascongados una concepción algo lúgubre del mundo y de la vida, que todo lo nuestro sea en el fondo deprimente y sombrío de puro adusto y austero. Acaso haya generalizado demasiado pronto Corominas, basándose en los amigos vascongados que en su escrito cita, Maeztu, Baroja y yo, porque en Soriano, confieso que nada hay de sombrío. Sea de ello lo que fuere—y digo que espero volver á eso—lo cierto es, que, el libro de Baroja, es ciertamente sombrío, aunque no tanto como pudiera parecer por ciertas críticas que de él he leído.

Hay algo de doloroso, un cierto ensañamiento en la observación menuda, en los relatos que componen las «Vidas sombrías,» y hay en algunos de ellos algo de dostoyusquiano. A Dostoyusqui recuerdan, en efecto, ciertas cosas, á Poe otras. Léase el relato *Bondad oculta*, y se recordará al primero, al ruso; léase *Medium*, narración cuya mayor belleza estriba en no ofrecer apenas sentido, y se recordará al segundo, al yanqui. Se les recordará, sí, pero viéndose que no de ellos, sino de su propia experiencia, de su corazón, de su mente entre dormida é inquieta, los ha sacado Baroja. Dormida é inquieta he dicho, y, en efecto, así parece el espíritu de Baroja, inquieto en sueños ó soñando su inquietud. Sus relatos tienen la viveza de detalles fugitivos y vagos de ciertos ensueños, y su nebulosidad, y á veces incoherencia de conjunto.

Mari Belcha (en vascuence María la negra,) es un relato delicioso, verdaderamente poemático, sugestivo y sutil, un relato que pasa como un sueño romántico. ¡Lástima que no esté en verso!

En la *Parábola*, aparece el espíritu sombrío de que Corominas habla, en aquella parábola en que se nos habla de la «aborrecible existencia», y en que nos dice: «...esperé tranquilo la hora de la muerte, la dulce hora de perder la personalidad en el crepúsculo del pasado, y de fundirme en la angusta inconsciencia, como un rayo de sol en las masas azules de los mares.» Pero, ¿no habrá aquí algo de sugestión líbresca? ¿No será esto en parte eco de lectu-

ras de libros en que se predica el nirvana? O, ¿no es más bien el efecto que en todo vasco tiene que producir la vida predominantemente intelectual? Porque se me ha antojado más de una vez, que nosotros no hemos nacido para elucubrar, sino para obrar, y que las tristezas que nos invaden á los vascongados que nos metemos á intelectuales, son análogas á la morriña de un vigoroso cafe, á quien le obligasen á ser telegrafista ó escribiente.

Baroja vive «rumiando» el pasto amargo de sus pensamientos» como dice él mismo, soñando la vida, añorando con las honduras de su ser la vida de mente, bajo las hayas, de sus antepasados, ó allá junto al mar Cantábrico, triste siempre, cuya continua contemplación supona él ha hecho inexpressiva la mirada del vascongado.

Más si quereis una impresión viva, hermosa, de nuestro país vasco, leed *La venta*. Es la venta, es la venta, es la venta de mi país, la venta en que he entrado tantas veces en mis correrías por las nativas montañas, es la venta de Iruzubieta, ó la de Auntzagana, ó la de Echebarri, ó la de Garraigorta, ó la de Olamendi ó la de Zamudio, es la venta de mi país vasco, la venta aislada, calmosa, á cuya puerta paran los bueyes mientras entra el *guison* á reposar un rato. Sí, respondo á Baroja, las ventas de nuestra tierra «son las más dulces, las más candorosas de este mundo, el mejor de todos los mundos».

Leed también en las «Vidas sombrías» *La sima*, aquel relato lúgubre, lleno de concentrada energía, vivísima pintura de las supersticiones populares. Y leed *Nihil*, y leedlo todo, en fin.

Hay, es cierto, relatos inferiores á los restantes, relatos en que ha sacrificado Baroja la verdad á cierta lógica abstracta, á una tesis, como sucede en *Un justo*, y otros relatos á que cierto exceso de intelectualismo abstracto les perjudica. Donde Baroja resulta es en las impresiones vagas, misteriosas ó fantásticas (dos adjetivos que prodiga) en las narraciones casi sin asunto, en las notas de íntima melodía. Leed á este respecto la titulada *Angelus*, y direis conmigo: ¡lástima que esté en prosa! y si quereis humorismo suave también os lo puede dar; leed *El vago*.

Acabé de leer las «Vidas Sombrías» y me dije: pero ¿porqué será tan frecuente el

que se publiquen aquí tantas colecciones de artículos, cuentos ó relatos, y tan pocos libros de trabajos más extensos, de novela ó tratado de alguna extensión? y al punto me ocurrieron á la mente reflexiones acerca de las relaciones entre la prensa periódica y la producción puramente literaria.

Miguel de Unamuno.

Autda

Pram
Libro

